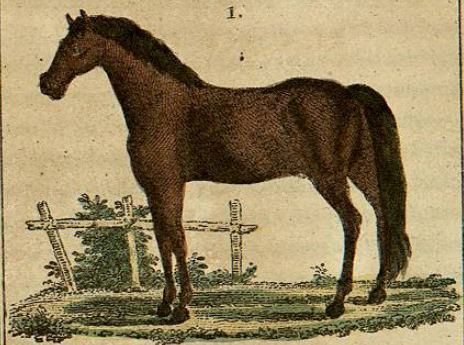


EL CABALLO (*).

Equus caballus. L.

NUNCA hizo el hombre conquista mas noble que la de este fiero y fogoso animal. Participe á su par de las fatigas de la guerra, no menos que de su gloria en los combates; intrépido como su mismo dueño, ve el peligro y lo arrostra; acostúmbrase al estruendo de las armas, y se complace en él, lo busca y se anima con igual ardor; bullicioso compañero de sus placeres, brilla asimismo y centellea ya en la caza, ó ya en el torneo y la carrera; pero no menos dócil que esforzado, no se deja llevar de su propia fogosidad, sabe reprimir sus movimien-

(*) *Equus* de los Latinos: ἵππος de los Griegos; en francés *cheval*; en italiano *cavallo*; en alemán *ein ross*, ó *pferd*; en inglés *horse*; en griego moderno ἄλογος.



I El Caballo. 2 El Asno.

Sculp. A. Tardieu.

tos, y no solo obedece á la mano del que le guia, sino que parece consulta sus deseos, sigue siempre las impresiones que recibe de la misma, se precipita, se modera ó se detiene, y no obra sino para dar gusto: criatura que renuncia su propio sér, abandonándose enteramente á la voluntad ajena, adelantándose á ella, manifestándola y poniéndola en práctica con la prontitud y puntualidad de sus movimientos; que siente cuanto se desea, y no practica sino lo que se quiere; y que entregándose sin reserva, nada rehusa, sirve con todas sus fuerzas, se fatiga, y muere aun por obedecer mejor.

He aquí la índole del caballo, cuyo talento se desarrolló, cuyas naturales calidades perfeccionó el arte, cuidándolo desde su mas tierna edad, ejercitándolo despues y adiestrándolo para servicio del hombre. Su educacion empieza por la pérdida de su libertad, y acaba por la opresion. La domesticidad, ó por mejor decir, la esclavitud de estos animales es de tal suerte universal y tan antigua, que rara vez los vemos en su estado natural, por cuanto cubiertos siempre de arneses en sus trabajos, nunca se les despoja de todas sus ataduras, ni aun en el tiempo del descanso; y si alguna vez se les deja vaguear en las praderas, llevan

siempre consigo los indicios de la servidumbre, y por lo comun los sellos y huellas crueles del trabajo y del dolor; su boca está desfigurada con los pliegues que el bocado produjo, sus hijares ensangrentados de heridas ó surcados de cicatrices que hizo la espuela; sus cascos se ven penetrados de clavos, y el continente de su cuerpo se advierte viciado aun por la impresion continuada de las trabas habituales, trabas de que seria inútil eximirlos, pues no por esto serian mas libres. Aquellos mismos cuya esclavitud es mas suave, que solo se mantienen y se cuidan para lujo y magnificencia, y cuyas doradas cadenas sirven menos para su adorno que para la vanidad de sus dueños, están mas envilecidos todavía por la elegancia del mechon que cae sobre su frente, por las concertadas trenzas de sus crines, y por el oro y la seda de que van cubiertos, que por los hierros que llevan en sus pies.

La naturaleza es mas hermosa que el arte, y en un sér animado la libertad de los movimientos constituye la belleza natural. Obsérvense los caballos que se multiplicaron en las regiones de la América española, viviendo en ellas por tanto á fuer de animales libres: su marcha, su carrera y sus saltos no son forzados ni medidos; y orgullosos con su independencia, evitan la vista

del hombre, se desdeñan de sus cuidados, saben buscar y hallan por sí mismos el alimento que les conviene, andan vagando y retozan libremente en praderas inmensas, donde cogen las recientes producciones de una primavera siempre nueva; mientras que sin habitacion fija, sin mas abrigo que el de un cielo sereno, respiran un aire mas puro que el de las magnificas caballerizas donde los encerramos, midiendo y reduciendo los espacios que deben ocupar. De ahí es que esos caballos silvestres son mucho mas fuertes, ágiles y nerviosos que la mayor parte de los domésticos; por cuanto aquellos poseen lo que da la naturaleza, esto es, la fuerza y la nobleza, y estos solamente lo que puede adquirirse con el arte, á saber, la destreza y la gracia.

La índole de aquellos animales no es feroz, y solo se les nota que son orgullosos y bravos. Bien que superiores en fuerzas á la mayor parte de los demás animales, jamás los acometen; y si se ven atacados alguna vez, los desprecian, ahuyentan ó destruyen. Caminan asimismo en tropas; y se reúnen, no por temor, sino únicamente por el placer de estar juntos, y por el mutuo amor que se cobran: en cuyo estado, bastándoles para su alimento la yerba y los vegetales, tienen abundantemente con que satis-

facer donde quiera sus gustos; y como no apetece tampoco la carne de los animales, los dejan vivir en paz, y ninguna guerra se origina tampoco entre ellos, puesto que nunca se disputan el sustento y nunca tienen ocasion de querrellarse por alguna presa, ó de arrebatarse bien alguno, manantiales ordinarios de querellas y combates entre los animales carniceros: de esta suerte viven en paz, porque sus apetitos son simples y moderados, y porque tienen lo suficiente para no envidiarse nada.

Todo esto puede observarse en los caballos jóvenes que se crian juntos y van á apacentarse en hato, los cuales están dotados de índole suave y de calidades sociales, y no manifiestan ordinariamente su fuerza y alientos sino para dar indicios de emulacion. Así procuran mutuamente adelantarse en la carrera, acostumbrarse y aun animarse al peligro, desafiándose á pasar un rio y saltar un foso; y aquellos que en semejantes ejercicios naturales dan el ejemplo, los que primeros se presentan de suyo en la palestra, no solamente son los mas generosos y mejores, sino tambien los mas dóciles por lo comun y obedientes, una vez domados.

Algunos autores antiguos hablan de los caballos silvestres, indicando los parajes donde se encontraban. Herodoto dice que en las ribe-

ras del Hipanis, en la Escitia, habia caballos silvestres de pelo blanco, y que en la parte septentrional de la Tracia, mas allá del Danubio, se hallaban otros cuyo pelo tenia cinco dedos de largo por todo el cuerpo. Aristóteles cita la Siria, Plinio los paises del Norte, y Estrabon los Alpes y la España, como parajes donde se criaban caballos silvestres. Lo mismo dicen, entre los modernos, Cardano de Escocia y de las Orcadas (1); Olo de Moscovia; Dapper de la isla de Chipre, donde, segun refiere (2), habia caballos silvestres muy bellos, vigorosos y veloces; y Struys (3) de la isla de May, en cabo Verde, donde se criaban muy pequeños. Leon Africano refiere tambien (4) que habia caballos silvestres en los desiertos de Africa y Arabia; y asegura haber visto él mismo en los desiertos de Numidia un potro de pelo blanco, cuya cria era encrespada. Mar-

(1) Véase Aldrovando, *De quadrupedib. soliped.* lib. 1, pág. 19.

(2) Véase la *Descripcion de las islas del Archipiélago*, pág. 50.

(3) Véanse *Voyages de Jean Struys*. Ruan 1719. tom. 1, pág. 11.

(4) *De Africa descriptione*, part. II, tom. II, pág. 750 y 751.

mol (1) confirma el hecho diciendo que en los desiertos de Arabia y de la Libia hay algunos de estos caballos cortos en la estatura y de pelo ceniciento, aunque otros le tienen blanco; cuyas crines, no menos que las cerdas de la cola, son cortas y erizadas; y á los cuales no se puede dar alcance con caballos ni perros: y por último, en las *Cartas edificantes* (2) se lee también que en la China hay caballos silvestres muy pequeños.

Mas como todos los puntos de Europa se hallan hoy día poblados y casi de la misma suerte donde quiera, de ahí es que ya en ellos no se encuentran caballos silvestres, al paso que los de América proceden de caballos domésticos, originarios de Europa, que trasportados á aquellos países por los Españoles, se fueron multiplicando en los vastos desiertos de sus regiones incultas y despobladas, por cuanto el nuevo Mundo carecía de esta especie de animales. El pavor y asombro de los moradores de Méjico y del Perú al ver los caballos y los caballeros,

(1) Véase Marmol, *Descripcion general de Africa*, impresion de Granada de 1573, lib. 1, cap. xxxii, pág. 24, col. 2.

(2) Véanse *Cartas edificantes*, coleccion xxvi. página 571.

probaron á los Españoles que eran absolutamente desconocidos en aquellos climas; por cuyo motivo trasportaron desde entonces gran número de caballos, tanto para su servicio y utilidad particular, como para propagar la especie, á cuyo fin soltaron algunos en varias islas y aun en el continente, donde se han multiplicado como los demas animales silvestres. En la América septentrional, año de 1685, vió La Salle (1) cerca de la bahía de San Luis algunos caballos que pacían en los prados, y eran tan agrestes que no permitían se les acercase nadie. Oexmelin (2) dice «que se encuentran á veces en la isla de Santo Domingo manadas de mas de quinientas yeguas y caballos que andan juntos, y que cuando ven algun hombre, se detienen todos: uno de ellos se acerca hasta cierta distancia, da algunos resoplidos con las narices, huye, y todos los demás le siguen;» añadiendo que no sabe si aquellos caballos han degenerado desde que viven en las selvas, pero que no le

(1) Véanse los últimos descubrimientos hechos en la América septentrional, escritos por M. de La Salle y publicados por el caballero Tonti. Paris, 1697. pág. 250.

(2) Oexmelin, *Histoire des aventuriers subustiers*. Paris, 1686, tom. 1, pág. 110 y 111.

parecieron tan hermosos como los de España, no obstante ser de la misma raza; pues «tienen la cabeza muy abultada, las piernas gruesas y nudosas, y las orejas y el cuello largos. Los habitantes de aquel país, dice el mismo autor, los amansan fácilmente, y luego los hacen trabajar; y los cazadores se sirven de ellos para trasportar los cueros. Para cogerlos, les arman lazos de cuerda en los parajes que frecuentan los caballos, los cuales caen fácilmente en ellos, y se ahogan si se prenden por el cuello, á menos de llegar con prontitud á socorrerlos. Sujétanles el cuerpo y las piernas, y los atan á los árboles, dejándolos de esta suerte por espacio de dos días, sin comer ni beber, cuya mortificación es suficiente para empezar á hacerlos dóciles, y con el tiempo lo son tanto como si nunca hubiesen sido bravos; de modo, que si por acaso vuelven á recobrar su libertad, ya no se hacen segunda vez silvestres, antes bien reconocen á sus amos y esperan sin huir á que se les coja de nuevo y se les lleve (1).»

(1) Garsault enseña otro modo de amansar los caballos feroces. «Cuando los pótros, dice, no han sido amansados desde su tierna edad, sucede frecuentemente que la proximidad y el contacto del hombre les causan tanto terror, que procuran de-

De lo referido se deduce que la índole naturalmente suave de estos animales propende mucho al propio tiempo á familiarizarlos con el hombre; y de ahí es que nunca los caballos abandonan nuestras casas para retirarse á los desiertos ni á las selvas, antes por lo contrario, están ansiosos siempre por volver á su caballeriza, donde sin embargo hallan solo un alimento grosero, siempre idéntico y ordinariamente mas proporcionado á la economía que á su apetito. Pero las dulzuras del hábito les indemnizan de

fenderse de él á coces y bocados, en términos que es casi imposible limpiarlos y herrarlos. Si no bastan la paciencia y la suavidad, es necesario para amansarlos usar del medio que se practica en la halconería para domesticar un halcon acabado de coger y al cual se quiere industrial para la caza, esto es, impedirle el dormir hasta que se caiga de pura debilidad. Lo propio debe ejecutarse con un caballo feroz, á cuyo fin se ha de colocar vueltas las ancas al pesebre, y tener día y noche un hombre que esté á su frente, y de cuando en cuando le dé un puñado de heno, impidiéndole que se eche: mediante lo cual se verá con asombro que repentinamente se amansará. Sin embargo, no deja de haber caballos que es preciso tener en vela del modo referido por espacio de ocho días.» Véase el *Nouveau parfait manéchal*, pág. 89.

lo que pierden por otra parte; y llegando agobiados de fatiga, el lugar del reposo es para ellos un lugar de delicias, le huelen de lejos, saben reconocerle en medio de las ciudades mas populosas, y parece que prefieren en todo la esclavitud á la libertad, formándose una segunda naturaleza de los hábitos á que se les ha sometido; y habiéndose visto caballos que, abandonados en los bosques, relinchaban continuamente para que los oyesen, acudian á la voz de los hombres, y al mismo tiempo se enflaquecian y estenuaban en pocos dias, no obstante de presentárseles donde quiera abundante variedad de alimentos con que satisfacer su apetito.

Sus costumbres, por consiguiente, proceden casi en todo su conjunto de su educacion, la cual supone cuidados y afanes que el hombre no toma por ningun otro animal, pero de que se halla recompensado por los servicios continuos que este le presta. Desde la mas temprana edad se tiene cuidado en separar los potros de sus madres; se les deja mamar cinco, seis ó cuando mas, siete meses, por haber manifestado la esperiencia que los que maman diez ú once no son tan buenos como los que se destentan antes, sin embargo de que ordinariamente toman mas carnes y son mas corpulentos; motivo por el cual se efectua así para hacerles to-

mar alimento mas sólido que la leche, y dos veces al dia se les da salvado con un poco de heno, aumentando la cantidad á medida que su edad va adelantando. Mientras dan muestras de inquietud para volver á sus madres, se les retiene en las caballerizas; pero pasada esta, se les deja salir en el buen tiempo, y se les conduce á las dehesas, cuidando solamente de no llevarlos á pacer en ayunas, sino una hora despues de haberles dado salvado y hécholes beber, así como de no esponerlos nunca á un frio riguroso ni á la lluvia. De esta suerte pasan los potros el primer invierno; mas al siguiente mayo, no solo se les dejará pacer todos los dias, sino tambien dormir á descubierto en las dehesas durante el verano y hasta fin de octubre, con la precaucion sin embargo de no dejarles comer los retoños, pues si se acostumbrasen á esta yerba demasiado fina, les repugnaria el heno despues, mientras que mezclado con harina de cebada ó avena debe formar su principal sustento durante el invierno siguiente. Por este mismo estilo se sigue conduciéndolos hasta la edad de cuatro años, dejándolos pacer todo el dia durante el invierno, y la noche en el verano; y desde aquella época se les retira ya de las praderas para mantenerlos con yerba seca. Mas semejante mudanza de alimento exige algu-

nas precauciones, como son, la de no darles sino paja en los primeros ocho dias, y hacerles tomar algunas bebidas contra las lombrices que las malas digestiones de una yerba demasiado cruda pudieron haber producido. Al recomendar Garsault esta práctica, se fundaria sin duda en la esperiencia; pero cualquiera podrá echar de ver al propio tiempo que en todas edades y en cualquiera estacion el estómago de los caballos está lleno de tan gran cantidad de lombrices, que parece forman parte de su propia constitucion: las hemos hallado en caballos sanos, igualmente que en los enfermos; y en aquellos que pacian yerba, como en los que no comian mas que avena y heno: y los jumentos, que entre todos los animales son los que mas se aproximan á la naturaleza del caballo, tienen asimismo igual cantidad de lombrices en el estómago, sin que al parecer les incomoden. Así pues, no deben considerarse las lombrices, por lo menos aquellas de que hablamos, como enfermedad accidental causada por las malas digestiones de la yerba cruda, sino antes bien como efecto dependiente del alimento y de la digestion ordinaria de estos animales.

Al destetar los potros, se debe tener cuidado de ponerlos en una caballeriza limpia, pero que no sea muy abrigada, á fin de que no se hagan

demasiadamente delicados y sensibles á las impresiones del aire; sus camas deben renovarse con frecuencia, y es preciso mantenerlos con la mayor limpieza, estregándolos de tanto en tanto con la espartilla; pero no conviene que se les ate, ni tampoco almohazarlos hasta la edad de dos años y medio ó tres, respecto de que su piel está muy delicada todavía para sufrir esta friccion demasiado áspera sin causarles dolor, motivo por el cual les haria mucho daño en vez de aprovecharles. Asimismo es necesario cuidar de que la escalera (*) y el pesebre no estén demasiado altos, puesto que la necesidad de levantar mucho la cabeza para tomar el sustento pudiera acostumbrarlos á traerla de este modo levantada, lo cual echaria á perder el aire y la gracia de su cuello. Cuando tengan un año ó diez y ocho meses, se les atusarán y esquilarán las crines de la cola, que de este modo brotan y salen despues mas fuertes, y la cola queda mas poblada; y desde la edad de dos años convendrá separar los potros poniéndolos con los

(*) En España no se usa la escalera ó rastrillo, que es donde, en Francia y otras partes, ponen el heno para que vayan sacándole y comiéndole los caballos.

caballos, y las potrancas con las yeguas, porque de lo contrario los potros se fatigarían con las potrancas, y se enervarían sin ningún fruto.

Llegados ya á los tres años ó tres y medio, se debe empezar á domarlos y enseñarlos. Al principio se les pondrá una silla ligera y suave, y se les dejará con ella dos ó tres horas cada día; luego se les acostumbrará á que se dejen poner un freno acodado y levantar los pies y manos, en los cuales se darán algunos golpes, como para herrarlos; y si son potros que se destinan para coche ó para tiro, se les pondrán guarniciones y un freno acodado. Al principio no se debe echar mano de ningún rendaje para unos ni otros, y sin él se les hará trotar á la cuerda puesto un cabezon encima de las narices, y en terreno llano, sin montarlos, y solamente con la silla ó arnés; y cuando el caballo de silla dé ya las vueltas al rededor con facilidad, y venga sin repugnancia junto al que tiene la cuerda, el jinete le montará un breve instante, apeándose en el mismo puesto y sin hacerle caminar hasta que tenga cuatro años, por cuanto no está suficientemente robusto antes de aquella edad para que pueda soportar andando el peso del caballero sin agobiarse; pero una vez llegado á los cuatro años, se le montará para hacerle andar al paso ó al trote,

alternando á menudo sin embargo el trabajo y el descanso (1). Por lo que hace al caballo de coche, cuando esté acostumbrado al arnés, se le enganchará con otro caballo hecho, poniéndole una brida, por la cual se pasará una cuerda para conducirlo hasta que empiece á acostumbrarse al tiro, á cuyo tiempo procurará el cochero hacerle cejar, con el auxilio de un hombre, quien deberá ponerse delante del potro para hacerle caminar hácia atrás con blandura y dándole aun ligeros golpecillos para obligarle á retroceder: todo esto deberá ejecutarse antes que los potros hayan mudado de alimento, pues una vez están engranados, esto es, cuando ya comen paja y cebada y están por consiguiente mas vigorosos, se observa que son tambien menos dóciles y mas difíciles de enseñar (2).

El bocado y la espuela son dos medios inventados para obligarles á obedecer, el primero para la exactitud, y la segunda para la rapidez de los movimientos. Parecía que la boca solo estaba destinada por la naturaleza para recibir las impresiones del gusto y del apetito; pero esto

(1) Véanse los *Elementos de caballería* de Mr. de la Gueriniere. Paris, 1741, tom. II, pág. 140 y sig.

(2) Véase el *Nuevo perfecto mariscal*, por Mr. de Garsault. pág. 86.

no obstante, es tal la sensibilidad que tiene en ella el caballo, que se ha preferido dirigir á su boca los signos de la voluntad del jinete, antes que á los ojos y oídos de este animal: el menor movimiento ó la mas ligera presión del bocado es suficiente para advertirle y determinarle; y este órgano, destinado para las finas sensaciones, no tiene mas defecto que el de su misma perfeccion, en términos que es preciso contemporizar con su demasiada sensibilidad, por cuanto si se abusa de ella se echa á perder la boca del caballo, haciéndola insensible á la impresión del freno. Los sentidos de la vista y del oído no estarían sin duda espuestos á semejante alteracion, ni podrían embotarse ó entorpecerse de esta suerte; pero es muy probable que se hayan hallado muchos inconvenientes en gobernar los caballos por aquellos órganos; fuera de que, generalmente hablando, los signos transmitidos por el tacto producen mucho mayor efecto en los animales, que los que reciben por la vista ó el oído. Por otra parte, la situacion de los caballos, relativamente al sugeto que los monta ó guía, hace sus ojos casi inútiles para este efecto, puesto que no ven sino hácia delante; de suerte, que solo volviendo la cabeza podrían percibir las señales que se les hiciesen; y en cuanto al oído, si bien es verdad que se les anima y con-

duce muchas veces por este sentido, parece sin embargo, que el uso de semejante órgano quedó ceñido únicamente y se ha dejado para los caballos ordinarios ó bastos; puesto que en el picadero, que es el paraje donde se pone en práctica su manejo, y de consiguiente el de su mas perfecta educacion, casi no se les habla á los caballos, y ni aun es necesario dar á entender qué se les guía. Efectivamente, cuando están bien adiestrados basta para dirigirlos la menor compresion de muslos, ó el mas ligero movimiento del bocado: aun la espuela es inútil, ó á lo menos solamente sirve para obligarlos á hacer movimientos violentos; y cuando, por inepcia del jinete, sucede que picando con la espuela tiene sujeto el freno, hallándose el caballo escitado de una parte y detenido por otra, no puede dejar de encabritarse, dando un salto sin salir de su sitio.

Por medio de la brida se da á la cabeza del caballo cierto aire agraciado á la par y altanero, y se la coloca como debe estar; mientras que la mas pequeña señal ó el mas ligero movimiento del jinete basta para hacer tomar al animal sus diferentes andaduras, entre las cuales acaso el trote le viene mas naturalmente que otra ninguna, bien que por ser el paso y aun el galope mas acomodados y suaves para el jinete, son tam-

bien las dos suertes de marcha que con mas esmero se procura perfeccionar. Cuando el caballo levanta el brazo para caminar, debe hacer este movimiento con facilidad y brio; y es preciso que doble bastante la rodilla; el brazo levantado ha de quedar un instante como sostenido; y cuando cae, debe permanecer firme, y apoyarse en el suelo con igualdad, sin que este movimiento haga impresion alguna en la cabeza; por cuanto si vuelve á caer el brazo de repente, y la cabeza se inclina al mismo tiempo, comunmente es para aliviar con prontitud al otro brazo que no tiene bastante fuerza para sostener por sí solo todo el peso del cuerpo. Semejante defecto es muy grande, como y tambien el de inclinar el brazo hácia dentro ó hácia fuera, porque vuelve á caer en igual direccion; y tampoco debe echarse en olvido que cuando el caballo apoya sobre el talon es señal de debilidad, mientras que si pone el pie de punta, afecta una situacion penosa y forzada que no puede sostener mucho tiempo.

El paso, que es la mas lenta de todas las marchas, debe sin embargo ser pronto, ni muy largo ni muy corto, y el movimiento del caballo suave, lo cual depende en gran parte de la libertad de la espalda, y se conoce en el modo con que lleva la cabeza cuando camina. Si la mantiene alta y firme, es por lo comun vigoroso

y ligero; cuando el movimiento de la espalda no es bastante libre, el caballo está espuesto á tropezarse y á chocar con las desigualdades del terreno, en razon de que el brazo no se levanta lo necesario; y si la espalda es mas cerrada todavía de suerte que no parezca depender de ella el movimiento de los brazos, se fatiga entonces el animal, da frecuentes caidas, y no es capaz de ningun servicio. El caballo debe apoyar sobre las caderas cuando camina, esto es, levantar la espalda y bajar la cadera; debe asimismo sostener el brazo y levantarlo bastante; pero si lo sostiene mucho tiempo y le deja caer con mucha lentitud, pierde todas las ventajas de la ligereza, se hace duro, y solo sirve para ostentacion y para pasear de movimiento.

Pero no basta que los movimientos del caballo sean ligeros: es necesario tambien que sean iguales en los cuartos delantero y trasero, porque si la grupa balancea cuando se sostienen las espaldas, el movimiento se hace sentir por sacudidas, é incomoda al jinete. Otro tanto acaece si el caballo alarga demasiado el pie, y lo apoya mas allá del paraje en que sentó la mano, ambos defectos á que están sujetos los caballos cuyo cuerpo es corto, mientras por otra parte no son seguros en su marcha aquellos que se alcanzan ó cruzan los brazos: generalmente

hablando, los de cuerpo largo son los mas cómodos para el jinete, porque en ellos se halla mas distante de ambos centros de movimiento, esto es, de las espaldas y de las caderas, y siente menos por tanto sus impresiones y sacudimientos.

Los cuadrúpedos andan por lo comun moviendo hácia delante á un mismo tiempo un brazo y una pierna: cuando el brazo derecho parte, la pierna izquierda se mueve y adelanta al mismo tiempo; y dado este paso, se mueve tambien el brazo izquierdo de por junto con la pierna derecha, y así sucesivamente; porque como su cuerpo descansa sobre cuatro puntos de apoyo que forman un rectángulo, de ninguna manera puede moverse con mas comodidad que adelantando á la vez dos de ellos en línea diagonal; de suerte, que el centro de gravedad del cuerpo solo haga un pequeño movimiento, y permanezca siempre casi en la misma direccion de los dos puntos de apoyo que están en reposo. En las tres especies de marcha naturales al caballo, que son el paso (1), el trote y el galope, se observa siempre esta regla de movimiento, aun-

(1) Se entiende el *castellano*, porque este es el paso verdadero, y el que por antonomasia y en términos propios del arte se llama *paso*. *Escuela de á*

que con algunas diferencias. En el paso hay cuatro tiempos de movimiento: si el brazo derecho es el que primero se adelanta, la pierna izquierda sigue un instante despues; luego se mueve el brazo izquierdo; y consecutivamente la pierna derecha, todos con muy corto intervalo entre uno y otro; y de esta suerte el brazo derecho es el primero que sienta en el suelo, despues la pierna izquierda, y sucesivamente el brazo izquierdo y la pierna derecha, componiéndose este movimiento de cuatro tiempos y tres intervalos, de los cuales el primero y el último son mas cortos que el intermedio. Al contrario, en el trote tiene solo dos tiempos el movimiento: si el brazo derecho parte, la pierna izquierda parte tambien al mismo tiempo, sin que medie intervalo alguno entre sus movimientos, y lo propio sucede con el brazo izquierdo y la pierna derecha; de suerte, que solo hay dos tiempos y un intervalo, puesto que el brazo derecho y la pierna izquierda se sientan en el suelo con igualdad, y el brazo izquierdo y la pierna derecha lo efectuan despues á un mismo tiempo. Por último, en el galope hay ordinariamente tres tiempos; pero como las partes ante-

caballo, traducida por don Baltasar de Irurzun, tom. II, pág. 52.

riores del caballo no se mueven desde luego por sí mismas en esta especie de salto, sino que son impelidas por la fuerza de las caderas y partes posteriores, siempre que el brazo derecho deba, por ejemplo, adelantarse mas que el izquierdo, es necesario que el pie izquierdo sienta antes en el suelo para servir de punto de apoyo á este movimiento de embestida; y de ahí es que el pie izquierdo hace el primer tiempo del movimiento y se sienta el primero en el suelo; el pie derecho se levanta despues juntamente con la mano izquierda, dejándose caer á un mismo tiempo; y finalmente, la mano derecha, que se levantó un instante despues de la izquierda y del pie derecho, es la última que se sienta en el suelo, haciendo el tercer tiempo. De esta suerte hay tres tiempos y dos intervalos en el movimiento del galope; y en el primero de estos intervalos, cuando el movimiento es veloz, hay un instante en que ambos pies y manos están en el aire, y se ven á un mismo tiempo las cuatro heraduras. Cuando el caballo tiene flexibles las caderas y los corvejones, y los mueve con rapidez y agilidad, el movimiento de galope es mas perfecto; y su cadencia tiene cuatro tiempos: primeramente sienta el pie izquierdo, que señala el primer tiempo; despues cae el pie derecho y señala el segundo; la mano izquierda sen-

tándose un instante despues, señala el tercero; y la derecha completa finalmente el cuarto, siendo la última que se sienta en el suelo.

Los caballos suelen galopar por lo comun sobre el pie derecho, de la misma suerte que salen con la mano derecha para pasear ó trotar: así que salen tambien galopando por la mano derecha que está mas avanzada que la izquierda; no menos que el pie derecho, siguiendo inmediatamente á la mano derecha, lo está mas que el izquierdo, y esto constantemente mientras dura el galope. De esto resulta que la pierna izquierda es la mas fatigada; respecto de que sufre todo el peso, al mismo tiempo que impele hácia delante á la otra pierna y las manos; motivo por el cual seria útil ejercitar los caballos á galopar alternativamente sobre el pie izquierdo y sobre el derecho, pues de este modo resistirian mas tiempo la violencia de ese movimiento: así se practica efectivamente en el picadero, aunque tal vez por distinta razon, respecto de que como se les hace cambiar de mano con frecuencia, esto es, describir un círculo cuyo centro tan pronto está á la derecha como á la izquierda, de ahí es que se les obliga tambien á galopar unas veces sobre el pie derecho y otras sobre el izquierdo.

En el paso, las manos del caballo solo se le-